

## El asesinato como problema social en la obra de Fedor Dostoievski y Emile Durkheim Una interpretación sociológica del hecho moral

Víctor Hugo Ligarribay<sup>1</sup>

---

### Resumen

El presente ensayo se propone interpretar algunos paralelismos presentes en la teoría sociológica moral de Émile Durkheim y la novela *Crimen y castigo* de Fedor Dostoievski, partiendo de la hipótesis de que ambos autores consideran al hecho moral no como el producto de una percepción voluntarista y subjetiva de los individuos, sino como el resultado de una construcción colectiva e histórica. Para esto, se comparan ideas y textos de ambos, con el fin de dilucidar los fundamentos últimos de la moralidad en cada una de sus obras, estableciendo una crítica a la teoría kantiana y a su imperativo categórico, en tanto propuesta individualista de fundamentación de lo moral. Creemos que ciertos fragmentos de la literatura de Dostoievski pueden ayudar a ejemplificar con mayor facilidad la sistematización teórica propuesta por Durkheim, ya que en última instancia ambos comparten la visión sobre el carácter «sagrado» subyacente a todo hecho moral.

**Palabras clave:** hecho moral - *Crimen y castigo* - sociología durkheimiana - imperativo categórico - homicidio

### Abstract

This essay aims to interpret some parallelisms between E. Durkheim moral sociological theory and Dostoievsky's novel *Crime and Punishment*. The hypothesis of this paper is that both writers take moral fact, not as the product of an arbitrary and subjective perception, but as the result of a collective and historical construction. To do so, texts and ideas of both authors are compared with the purpose of explaining the moral's ultimate foundations in each of their work

---

Citar: Ligarribay, Víctor Hugo. «El asesinato como problema social en la obra de Fedor Dostoievski y Emile Durkheim. Una interpretación sociológica del hecho moral». *Cuadernos Universitarios* [Salta, Argentina], núm. 9, 2016: 121-134.

---

<sup>1</sup> Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta. Facultad de Artes y Ciencias y Escuela Universitaria de Trabajo Social, Universidad Católica de Salta.

bycriticizing the individualist conception of morality in Kant's work, especially his nodal concept «the categorical imperative». We believe that some extracts of Dostoievsky's work can help exemplify, more clearly, the theoretical systematization suggested by Durkheim since both of them share the same perspective about the *sacred* character present in all moral facts.

**Key words:** moral fact - *Crime and punishment* - Durkheim's sociology - categorical imperative - murder

---

## Introducción

La idea inicial de este trabajo surge a raíz del descubrimiento de fuertes paralelismos entre los principales textos del sociólogo francés Émile Durkheim y la novela *Crimen y castigo* del escritor ruso Fedor Dostoievski. Ambos escritores nos permiten identificar en sus obras una importante preocupación por los problemas y cuestiones morales de sus respectivas épocas. Si bien es cierto que entre las obras de cada uno median aproximadamente cincuenta años de distancia, no por eso las preguntas y las respuestas que orientaban sus respectivas producciones dejan de tener una interesante y muy relevante similitud sobre la cual nos parece muy pertinente indagar. Como veremos a lo largo del trabajo, esta distancia de medio siglo no es un elemento menor, así como tampoco lo es el país de origen de cada uno de los autores. En este ensayo no pretendemos pasar por alto las enormes diferencias y distancias que existieron entre la Rusia zarista de mediados del siglo XIX y la tercera república francesa de finales del mismo siglo; aunque creemos que estas no nos impedirán orientar la investigación hacia las problemáticas comunes que ambos autores abordaron, problemáticas que muchas veces superan las limitaciones propias que definen y enmarcan el pensamiento en un determinado contexto histórico particular.

Tanto Durkheim como Dostoievski son

pensadores modernos que, si bien piensan la modernidad desde diferentes experiencias, ambos están preocupados por restablecer/repensar el tejido social/moral amenazado por el capitalismo y el individualismo. No desconocemos, sin embargo, las pretensiones e intereses diversos que orientaban los escritos de cada uno. La preocupación durkheimiana por construir y consolidar los fundamentos para la naciente ciencia social o sociología, se condice con un estilo ensayístico muy riguroso y sistemático (aunque no por eso sus escritos dejan de reflejar un gran dominio literario). En Durkheim, la sociología aparece como el sub-producto de la crisis social, pero también de un discurso científico/positivo que cree ciegamente en la capacidad de re-establecer el orden social mediante la intervención «terapéutica».

Por otro lado, la obra de Dostoievski ha sido blanco de las más diversas críticas, sobre todo aquellas que se refieren duramente a su estilo literario, catalogado muchas veces de impreciso y confuso. No es nuestro objetivo centrarnos en estos aspectos estilísticos y lingüísticos propios de la crítica literaria, pero sí queremos resaltar las dificultades que puede a veces presentar la prosa del escritor ruso, especialmente a la hora de extraer de sus textos ciertas ideas y elementos claves. Si bien la lógica que estructura una novela no es la misma que la de un texto científico, es posible señalar ciertas similitudes, y establecer algunas comparaciones entre ambos autores. Pretendemos

interpretar desde una perspectiva sociológica ciertos pasajes centrales de la novela *Crimen y castigo*. Para esto, los conceptos e ideas desarrolladas por Durkheim nos permitirán clarificar y sistematizar ciertas nociones y aspectos de gran densidad teórica presentes en la novela. Paralelamente, nos valdremos del tratamiento literario que el escritor ruso hace de las cuestiones morales para graficar con mayor facilidad elementos durkheimianos de difícil explicación debido a su complejidad teórica o a su elevado nivel de abstracción.

Al enfocar el asesinato desde una perspectiva moral estamos diciendo que este es una problemática social, tanto en sus causas como en sus efectos. Este es el enfoque teórico y metodológico que guía el desarrollo de ambos escritores y, tal y como pretendemos demostrar, esta manera de analizar los problemas es el elemento común más importante de ambos.

### ***Crimen y castigo***

Muchos escritores y pensadores elogiaron la profundidad psicológica con la que Dostoievski dota a sus personajes, tan profunda que por momentos estos seres ficcionales parecen cobrar vida. Esta cualidad tan destacada de la literatura de Dostoievski muchas veces ha opacado otra importante faceta de su obra: sus grandes cuestionamientos filosóficos y morales. *Crimen y castigo* puede ser leída como una apasionante novela psicológica que narra los desvaríos y delirios mentales que su protagonista sufre luego de cometer homicidio; la culpa por el crimen perpetrado lleva al personaje principal a niveles de enfermedad físicos y psicológicos desesperantes. Sin embargo, quedarnos solamente en un nivel de análisis psicológico nos impediría llegar a esa explicación profunda y de tipo moral que creemos que existe en la novela.

Este paso de un análisis psicológico a uno

sociológico es un tipo de estrategia utilizada muy frecuentemente en las explicaciones durkheimianas. Refiriéndose a la necesidad individual de sanción por la ofensa que el crimen genera, Durkheim dice:

Seguramente esta representación es ilusoria; somos nosotros quienes nos vengamos en cierto sentido, nosotros los que nos satisfacemos, puesto que es en nosotros, y solo en nosotros donde los sentimientos ofendidos se encuentran. Pero esta ilusión es necesaria (...) estos sentimientos nos dominan, tienen algo de sobrehumanos (...) nos parecen pues el eco en nosotros de una fuerza que nos es extraña y que, además, nos es superior (Durkheim, 2001: 118).

Más adelante agrega:

...puesto que estos sentimientos son colectivos, no es a nosotros lo que en nosotros representan, sino a la sociedad. Al vengarnos pues es ella y no nosotros quienes nos vengamos (Durkheim, 2001: 119).

Esto no significa que la interpretación sociológica de Durkheim niegue la especificidad de los fenómenos psicológicos; por el contrario, el autor insiste en la diferenciación de las representaciones individuales y las representaciones colectivas:

...la independencia, la exterioridad relativa de los hechos sociales en relación a los individuos, es aún más inmediatamente aparente que la de los hechos mentales en relación a las células cerebrales (Durkheim, 2006: 119).

Por ello, que una lectura sociológica de *Crimen y castigo* no implica desechar los valiosos elementos psicológicos incluidos en la obra, ni

mucho menos relegarlos a un segundo plano como una mera expresión de lo social. Por el contrario, la lectura durkheimiana de esta novela, implica un constante y delicado diálogo entre ambos niveles representacionales, aunque teniendo en cuenta que en esta interrelación los fenómenos psíquicos muchas veces pueden aparecer como una prolongación de los hechos morales en el interior de las conciencias de cada individuo.

Dostoievski comenzó a escribir *Crimen y castigo* en 1866. Este dato no es menor, ya que por esta época el imperio ruso atravesaba momentos de fuertes cambios y transformaciones culturales, sobre todo en su capital, San Petersburgo. Fue precisamente esta ciudad la que representó la modernización, la ilustración y el cosmopolitismo ruso. Aunque, como sostiene Marshall Berman,

...los rusos del siglo XIX experimentaron la modernización fundamentalmente como algo que no estaba ocurriendo; o al menos como algo que ocurría muy lejos (...) como algo que ocurría de la forma más entrecortada, vacilante, notoriamente frustrada o extrañamente distorsionada (Berman, 2006: 176).

No obstante, Rusia no era ajena a los cambios que ocurrían en Europa, incluso estas transformaciones resultaron ser más violentas y disruptivas en la tierra de los zares debido a la fuerte resistencia al cambio expresada por amplios sectores de la sociedad. En este clima de tensiones, frustraciones e incertidumbres Dostoievski narrará la apasionante historia de Rodion Romanovich Raskolnikov.

Raskolnikov es un humilde y orgulloso joven nacido en provincias, que se ha trasladado a la capital para realizar sus estudios de derecho, con el fin de poder solventar en un futuro a su hermana y a su madre. Vive en una pensión

miserable, en un pequeño «cuchitril» ubicado debajo de una escalera, subsistiendo con los pocos *kopeks* que su madre y su hermana logran enviarle. La pobreza y el cansancio desalientan al joven rápidamente, y se ve presionado a abandonar sus estudios. Ante la necesidad, decide acudir a una prestamista, una vieja usurera que vive a costa de los empeños y las estafas a los estudiantes pobres. Nuestro protagonista comienza a idear un plan, cree que matando a un ser tan insignificante y miserable como la vieja prestamista, podrá liberar a muchos jóvenes de sus angustias y problemas. Raskolnikov siente que la vida de un parásito puede sacrificarse en aras de un objetivo más elevado. De esta manera, nuestro joven se siente destinado a cumplir una importante misión al matar a la vieja. Pero, contrariamente a lo que suponía en sus ideas y en su plan, el crimen que finalmente comete solo agravará aún más sus tormentos. De acuerdo con el razonamiento del plan, para Raskolnikov la nobleza y el altruismo del objetivo justificarían en última instancia la abyección del medio utilizado. No obstante, y es justamente aquí donde Dostoievski enfoca el grueso de su novela, tarde o temprano la culpa por las vidas que ha tomado terminará imponiéndose, y con ella, la necesidad de un castigo a su ofensa. Pero el castigo, y aquí es donde se puede realmente apreciar el giro dramático que Dostoievski trata de imprimirle a su obra, sucederá como auto-castigo, ya que una serie de casualidades apartará las sospechas públicas de la persona de Raskolnikov. A pesar de la torpeza y el arrebató con los que se ha desenvuelto al llevar a cabo el asesinato, solamente el astuto Juez de Instrucción Porfirio Petrovich llegará a sospechar y a descubrir finalmente al joven; sin embargo, no será el sagaz policía el que aseche día y noche a Raskolnikov por su crimen, sino que será el mismo joven el encargado de su propia persecución.

## **El problema de la libertad total en el individuo**

Una de las preguntas constantes en la obra de Dostoievski es la que se refiere a las posibilidades que tiene un individuo para escapar a los valores establecidos por la moral de su época. En una célebre frase el escritor ruso parece sintetizar el sentido de toda su obra: «Si Dios ha muerto entonces todo está permitido»; no es casual que desde esta premisa surja, en parte, la auto-justificación de su protagonista. Para Raskolnikov existen dos clases de hombres, los «ordinarios» y los «extraordinarios»; los primeros deben vivir en la obediencia y no tienen derecho a violar la ley, los segundos, en cambio,

...tienen derecho, no oficialmente, sino por sí mismos a autorizar a su conciencia a franquear ciertos obstáculos, en el caso de exigirlo así la realización de su idea, que en ocasiones puede ser útil a todo el género humano (Dostoievski, 2004: 215).

Según esta teoría,

...los grandes conductores de la humanidad fueron criminales, ya que al dar nuevas leyes violaron en consecuencia las antiguas, observadas fielmente por la sociedad y transmitidas por los antepasados (Dostoievski, 2004: 215).

Por lo tanto, para Raskolnikov, los grandes hombres hacen los grandes cambios, empujan con sus acciones a la población hacia nuevas formas de moralidad, y dado que estos cambios se hacen en nombre del bienestar social, el altruismo perseguido justificaría en última instancia cualquier obstáculo que pudiera surgir en el camino a su concreción.

No es casual que se hayan asociado estas

palabras de Raskolnikov a la conocida teoría nietzscheana del «superhombre». Para Nietzsche Dios ha muerto, la moral y los valores del cristianismo han muerto, y será el superhombre el que los sustituya, «¡Solo el hombre superior llegará a ser amo!» (Nietzsche, 1997: 273). Este superhombre se eleva por encima del hombre común, por encima de la plebe, ha nacido para mandar, para dictar la ley, no para obedecerla; para trastocar los valores, es un señor, un amo, no un esclavo. Al igual que para Raskolnikov, los conductores están llamados a violar las leyes viejas y generar nuevos valores. Nietzsche dice a través de su Zaratustra: «No me basta con que no cause daño el rayo. No quiero neutralizarlo, sino que ha de aprender a trabajar para mí» (Nietzsche, 1997: 276). Pero, «¿quiénes son esos superhombres, esos hombres extraordinarios?, ¿cómo reconocerlos, cómo diferenciarlos de un hombre ordinario?», le pregunta el sagaz inspector Porfirio Petrovich al impetuoso Raskolnikov. Estas preguntas son muy pertinentes, ya que como acertadamente aclara el juez de instrucción, «¿qué sucedería si un individuo de una categoría se figura que pertenece a la otra y se dispone, según su feliz expresión [la de Raskolnikov] a suprimir todos los obstáculos?» (Dostoievski, 2004: 217). Ante este interrogante Raskolnikov responde de una manera muy nietzscheana, «estos a los que le gusta pasar por hombres de vanguardia (...) ellos mismos se aplican el correctivo, porque son muy morales» (Dostoievski, 2004: 217). Al matar a la vieja prestamista, nuestro joven estudiante cree estar más allá de la ley. Dios ha muerto, y para él, que es un hombre superior, todo está permitido; como diría el mismo Nietzsche, Raskolnikov cree estar «más allá del bien y del mal».

En el libro *Sociología, capitalismo y democracia* (2007), Álvarez y Varela recuerdan un comentario que hiciera Antonio Cabriola res-

pecto a la obra de Durkheim:

Durkheim comparte con Marx la idea de que la vida social debe explicarse no por la concepción que de la misma tienen los sujetos que viven la historia, sino por causas profundas de las que estos no suelen ser conscientes, lo que sin duda significa restringir el papel de los grandes hombres en la historia (Álvarez y Varela, 2007: 222).

En *Las reglas del método sociológico* (2003), Durkheim dice que un hecho social solo puede ser explicado por otro hecho social; los fenómenos morales no acontecen por la volición de uno o varios hombres, sino que son consecuencia de otros hechos sociales que los producen y explican. Esto no significa negar la importancia del individuo como sujeto de cambio; de hecho, la relativa emancipación que los individuos adquieren gracias a la división del trabajo y a la ruptura de los lazos comunitarios es un fenómeno útil ya que otorga mayor flexibilidad y elasticidad al organismo social. Pero, aclara Durkheim, este proceso no ocurre por su utilidad, sino porque se trata de un progreso de orden colectivo que no puede dejar de ser (Durkheim, 1895). En su permanente crítica a las teorías utilitaristas, el sociólogo francés está negando la posibilidad de explicar el funcionamiento de la sociedad como el resultado del libre desenvolvimiento de los intereses particulares; aunque, al descartar también una ruptura total entre sociedad e individuo, elimina la posibilidad de que este último encuentre solamente en sí mismo las razones de su pensamiento y acción. El individualismo, según el autor, es un proceso que transcurre sin detenerse durante toda la marcha de la historia; no obstante, esto no significa que la conciencia colectiva esté amenazada de desaparecer totalmente. Por el contrario, al expandirse la civilización y con ella la emancipación individual,

la conciencia colectiva pierde su materialidad y formalidad inicial para volverse cada vez más abstracta y general, dando lugar así a una cantidad cada vez mayor de disidencias individuales. La vida social tiende a hacerse más consuetudinaria al mismo tiempo que la sociedad se vuelve menos resistente. El autor sostiene:

A medida que la sociedad se extiende y se concentra, envuelve de menos cerca al individuo y, por consiguiente, no puede contener con igual eficacia las tendencias divergentes que salen a la luz (Durkheim, 2001: 350).

Esto no significa que el individualismo sea el motor de las civilizaciones, Durkheim es muy claro respecto a este fenómeno:

La vida colectiva no ha nacido de la vida individual, sino que por el contrario, es la segunda la que ha nacido de la primera. Solo con esta condición se puede explicar la manera como la individualidad personal de las unidades sociales ha podido formarse y engrandecerse sin disgregarse la sociedad (Durkheim, 2001: 327)

Siguiendo a Durkheim, el problema de la libertad total en el hombre «extraordinario» es justamente el de contradecir la forma en que verdaderamente se ha desenvuelto el transcurrir histórico de las sociedades. El individuo emancipado es un fenómeno relativamente tardío dentro del devenir histórico, la individualización es un producto del desarrollo de las sociedades, nunca su causa. Por otro lado, el autor advierte sobre las diferencias entre el tiempo social y el tiempo individual:

...la conciencia común no se constituye, en efecto, sino muy lentamente y lo mismo le ocurre para modificarse. Hace falta tiempo

para que una forma de conducta o una creencia llegue a ese grado de generalidad y de cristalización, hace falta tiempo también para que lo pierda (Durkheim, 2001: 342).

Los grandes hombres conductores de importantes transformaciones son la manifestación de algo más profundo. Figuras históricas de la talla de Solón, de César o de Napoleón son la manifestación más visible de transformaciones sociales que no se agotan necesariamente en el transcurso de solo una generación. Durkheim, refiriéndose a la conciencia colectiva, dice: «Casi toda ella es un producto del pasado. Ahora bien, lo que procede del pasado, es, por lo general, objeto de un respeto muy especial» (Durkheim, 2001: 343). Por esto, las transformaciones de algo tan anclado en la tradición, no pueden ser el producto de la voluntad de un solo hombre, por más grande que este sea. Por el contrario, la posibilidad histórica de que una figura humana destaque por sobre el resto está intrínsecamente ligada a fenómenos que tienen su génesis en causas sociales.

### **El asesinato como problema moral**

En la novela, el juez de instrucción Porfirio Petrovich atormenta a Raskolnikov con sus preguntas y sospechas. En el transcurso de la novela vemos la facilidad con la que este perspicaz policía empieza a fundamentar sus hipótesis del crimen, y no casualmente, es el mismo comportamiento de nuestro protagonista el principal elemento que contribuye a despertar estas sospechas. No es Petrovich el enemigo de nuestro joven (incluso el juez de instrucción siente una franca simpatía y hasta cierta compasión por el estudiante), es Raskolnikov mismo el que deviene a lo largo de la historia en su principal acusador. El inspector le comenta a Rodion Romanovich Raskolnikov cómo

actuaría en el caso de tener que detener a un criminal:

...si mando a detener a ese señor antes de tiempo, por muy convencido que esté de que es el culpable, me privo de los medios ulteriores para dejar perfectamente sentada su culpabilidad (...) al encarcelarlo, lo tranquilizo, le hago recuperar su equilibrio psicológico; en lo sucesivo se me escapará, se replugará sobre sí mismo. Si, por el contrario, no lo mando detener, lo dejo obsesionado con el pensamiento de que yo lo sé todo (...) se sentirá presa del vértigo, vendrá a verme a mi casa, me proporcionará infinidad de armas contra sí mismo y me pondrá en condiciones de dar a mi información un carácter matemático (Dostoievski, 2004: 281).

El estudiante efectivamente visita a la policía para facilitarle información, está al tanto de cada paso que va siguiendo el crimen, incluso aporta sus propias ideas sobre el caso. Petrovich ha dado en el blanco, ha predicho exactamente el comportamiento que finalmente sigue Raskolnikov: sus nervios lo traicionan, sus ideas se confunden; está enfermo, es un paranoico que alucina y delira en medio de la calle. Sus hipótesis y conjeturas sobre los grandes hombres de nada han servido, excepto para mostrarle que él no es ningún ser extraordinario, por lo tanto (y siguiendo su propia teoría) solo puede ser un hombre ordinario, un individuo muy moral. Sus propias ideas se le vuelven en su contra, Raskolnikov piensa: «¡No maté a una criatura humana, sino un principio! ¡Maté el principio, pero no supe quedar por encima de él, quedé del otro lado...! ¡No he sabido más que matar!» (Dostoievski, 2004: 228). Se siente un ser vulgar, un parásito, tan envilecido e innoble como el gusano que él mismo eliminó.

La explicación de Petrovich es una brillan-

te exploración psicológica de la mente de un criminal bajo sospecha; sin embargo, el tormento de Raskolnikov no proviene del temor a las intrigas y las sospechas de la policía, debemos buscar el origen de su angustia en razones más profundas, razones de tipo moral.

Durkheim sostiene que, a medida que evolucionan las sociedades, los lazos que unen al individuo con la tradición y con los usos colectivos del grupo se van debilitando:

A medida que las sociedades se hacen más voluminosas y más densas, devienen más complejas, el trabajo se divide, las diferencias individuales se multiplican y se ve acercarse el momento en que ya no habrá nada más de común entre todos los miembros de un mismo grupo humano, salvo que todos son hombres. En estas condiciones, es inevitable que la sensibilidad colectiva se aferre con todas sus fuerzas a ese único objeto que le queda, y al que otorga, por eso mismo, un valor incomparable (Durkheim, 2006: 456).

Como ya hemos explicado previamente, la creciente individualización no significa para Durkheim una desaparición de lo social, por el contrario su retirada es tan solo aparente y relativa. Este alejamiento en realidad es un cambio en el nivel de materialidad de la conciencia colectiva. Sus reglas y valores ya no se anclan en el individuo sensible y empírico que cada uno de nosotros es, sino en el hombre en general, la humanidad ideal, la vida humana como un principio abstracto a proteger y respetar (Durkheim, 2006). Por esto, consideramos el asesinato como un problema moral, ya que el criminal que comete homicidio no solo atenta contra la vida de un individuo particular, sino también contra la vida de la sociedad en general. Al igual que en el suicidio, el homicidio también actúa en contra de ese principio esen-

cial que exaltan las sociedades modernas, Durkheim dice:

...la sociedad queda herida, porque el sentimiento sobre el que reposan sus máximas morales más respetadas y que sirven casi de único lazo entre sus miembros ha sido ofendido, y se alteraría si esta ofensa pudiese producirse con toda libertad (Durkheim, 2006: 456).

Raskolnikov ha ofendido a la sociedad en su principio fundamental, y ahora vaga por las calles de San Petersburgo como un loco, tratando de mitigar el dolor que la culpa le produce. Por cierto, el joven aún no comprende la razón de sus tormentos, sigue refugiándose en su teoría; piensa que ha fallado, que la libertad ha sido una prueba demasiado dura para él (Troyat, 2006). Se siente solo, apartado de la gente; efectivamente, su crimen lo ha aislado de la sociedad. Sus familiares y amigos lo toman por loco, se siente extraño ante sus conocidos y por eso se aleja de estas personas que no pueden comprenderlo ya que no son parecidos a él. Busca entre los desgraciados alguien que pueda acompañarlo en su dolor, pero ni el borracho Mermeladov, ni su hija Sonia, la joven prostituta, son sus semejantes. La soledad y la angustia socavan todas sus fuerzas, los padecimientos internos de nuestro joven parecen no tener final. Durkheim dice:

Los hechos sociales no son el simple desenvolvimiento de los hechos psíquicos, sino que los segundos, en gran parte, son solo la prolongación de los primeros dentro de las conciencias (Durkheim, 2001: 412).

En otras palabras, todo atentado contra la vida (la propia o la de otro) con-lleva necesariamente a un problema de tipo moral, ya que, aún cuando el sacrilegio cometido se experi-

mente como una ofensa a nivel personal, es en realidad la moral colectiva la que ha sido ofendida, siendo la indignación individual de cada uno la forma visible en que esta ofensa se manifiesta.

## **La génesis social de la moral**

En sus ensayos sobre pragmatismo y sociedad Durkheim presenta la misión de la naciente sociología:

Si queremos escapar a lo que hay de demasiado estrecho en el viejo racionalismo, hay que ensanchar su horizonte librándonos de nosotros mismos, de nuestro punto de vista propio (Durkheim, 2000: 134).

Renovar el racionalismo significa dotarlo de una nueva base, apoyarlo sobre una explicación racional más sólida. En la *Cimentación para la metafísica de las costumbres* (1968), Kant encara la búsqueda de leyes científicas para el análisis de la dimensión moral, lo que en el lenguaje kantiano sería una investigación para el conocimiento del mundo práctico puro. Estas formas puras de la moralidad, llamadas imperativos por Kant, son juicios del entendimiento previos a la experiencia, son juicios a priori. El filósofo alemán está buscando un principio moral absoluto sobre el cual fundamentar su teoría práctica, principio que él llamará la buena voluntad en sí misma, es decir, la volición en sí misma, y no el propósito particular de la voluntad. Esta buena voluntad es obligatoria y se realiza por deber, no por inclinación. Por esto mismo, es importante para Kant el concepto de libertad por el cual el hombre se da a sí mismo—por medio de su razón— sus propias leyes morales, que son la expresión de la autonomía de su voluntad. Sin embargo lo único que podemos conocer de la libertad es su inconcebibilidad, por lo cual nos desenvol-

vemos con la concepción que tenemos de ese ideal de libertad, colocándonos así en un plano inteligible. El hombre en su papel de legislador se da por medio de su razón sus propias leyes morales, de esta manera, no existe contradicción entre la obligatoriedad de las leyes y el principio de libertad, ya que el individuo debe obedecer las leyes que por su propia voluntad libremente se ha dado.

La razón kantiana, como verdad *a priori* de los fenómenos morales, es una forma anterior a cualquier experiencia, por eso mismo universal e inserta en la conciencia de todo ser humano. El objetivo de Durkheim es apoyar esta verdad sobre bases sociales, ya no solamente como un elemento interno de cada individuo, sino como una verdad que tiene un origen *sui generis*, de carácter colectivo. Sin embargo, el sociólogo francés aclara que esta verdad

...permanece sin duda superior a las ciencias individuales. Pero aun lo que es colectivo en ella no existe más que para la conciencia de los individuos: la verdad se torna concreta solo por los individuos (Durkheim, 2000: 150).

Como podemos observar, la sociología durkheimiana no reniega del importante aporte que la filosofía moral kantiana ha desarrollado; por el contrario, trata de reforzar sus premisas dándole una fundamentación mas profunda a sus elementos teóricos a partir de ciertos replanteos a su teoría del conocimiento. En Kant la razón permite deducir científicamente reglas para el ordenamiento de la realidad; en Durkheim, en cambio, es el mismo pensamiento el que crea lo real, pero pensamiento en tanto expresión del carácter de una época y una sociedad determinada (Durkheim, 2000). El sociólogo nos explica que existieron «corpus de verdades» mucho antes de que la ciencia se hubiera consolidado; estos «se con-

sideraban como expresando la realidad, el universo, y se impusieron a los hombres con un carácter obligatorio tan marcado, tan potente como el de las verdades morales», pero «estas ideas no se consideraban verdaderas por que estuvieran fundadas en una realidad objetiva. Al contrario, son nuestras ideas, nuestras creencias las que confieren a los objetos del pensamiento su realidad» (Durkheim, 2000: 133).

En este sentido, la sociología significa una renovación para los postulados de la teoría racionalista del conocimiento. Ya no se trata de una adecuación (lo más perfecta posible) entre nuestros ordenamientos prácticos y un imperativo moral absoluto e universal. Por el contrario,

...cada pueblo tiene su moral, que está determinada por las condiciones en que vive. No se le puede inculcar otra por elevada que sea, sin desorganizarla, y tales trastornos tienen que sentirse dolorosamente por los particulares (Durkheim, 2001: 178).

En la teoría kantiana, aquel lugar donde los seres racionales se tratan a sí mismos y a los demás no como medios sino como fines en sí mismos, constituye el ideal puro/práctico de toda sociedad; en otras palabras, «el reino de los fines». En este reino, la condición para que algo sea fin en sí mismo es la dignidad; para Kant solo la humanidad posee dignidad, ya que es capaz de poseer moralidad. Sobre este concepto de la dignidad humana se alza la moral durkheimiana, el respeto a la «personalidad humana donde quiera que se encuentre» (Durkheim, 2001: 469), es, como ya dijimos anteriormente, el principio moral fundante de toda sociedad moderna.

## **El carácter sagrado de la moralidad**

Retomando lo anterior, no es la explicación psicológica de Petrovich la que impulsa finalmente la confesión de Raskolnikov, ni tampoco la imposibilidad de este último en erigirse como superhombre y único juez de sus acciones. Lo que castiga a Raskolnikov es la sociedad, y es ella misma quien le exige una expiación por su ofensa. En Dostoievski, esta unidad superior a las partes que es la sociedad, no se presenta en una forma «secularizada», sino conservando aún sus elementos religiosos. Sonia, la joven prostituta, será la que finalmente explique a Raskolnikov el carácter y las consecuencias de su crimen. No es casual que Dostoievski haya elegido a este personaje para hablar en nombre de él —el autor— mismo. En Sonia se combinan la tragedia y la esperanza, la joven debe vender su cuerpo para poder seguir asistiendo a sus hermanos pequeños; pero aunque su cuerpo se haya envilecido, su espíritu conserva toda la pureza y la fe en un mejor porvenir. La sociedad ha castigado a Sonia arrebatándole parte de esa «dignidad» que como persona tiene, pero ella acepta su «pecado» sin perder las esperanzas, sin dejar de creer en que la solución sea posible; Sonia es una creyente aun en las peores dificultades. Cuando Raskolnikov le confiesa su crimen a la muchacha, trata de justificarse diciéndole: «...después de todo, Sonia, no maté más que a un gusano innoble y malvado...»; a lo que ella responde rotundamente: «¡Pero ese gusano era una ser humano!» (Dostoievski, 2004: 240). No importa si se trata del último y el más abyecto de todos los hombres, nada justifica el asesinato, ya que incluso el ser más ruin de todos sigue siendo un ser humano. Raskolnikov trata de explicarle a Sonia su teoría sobre el «hombre extraordinario» y su derecho para matar, pero la muchacha no puede escucharlo y le re-

plica desesperada: «Tú te alejaste de Dios, y Dios te castigó entregándote al diablo» (Dostoievski, 2004: 240). Inmediatamente después la joven abraza a Rodion Romanovich compadeciéndose de su desgracia y sus tormentos, le pide que acepte la expiación, y se redima por ella, de lo contrario, ¿cómo podría vivir dentro de la sociedad humana? Para Dostoievski todos somos amados por Dios, ya que, como lo dice la *Biblia*, todos estamos hechos a la imagen y semejanza de Dios; por lo tanto, levantar la mano contra una de sus criaturas es también levantar la mano contra la divinidad. Troyat sostiene que es gracias a Sonia que Raskolnikov conoce al fin la verdadera libertad, «lo más fuerte solo existe si existe Dios. Negar a Dios es negarse. Querer llegar a ser Dios es querer morir en cuanto hombre, es querer ser y no ser a la vez» (Troyat, 2006: 235).

Consideramos que ciertos aspectos de la teoría durkheimiana no están alejados de esta visión que Dostoievski tiene de la vida social, ambos adhieren al principio kantiano de la dignidad de la persona humana, y ven que ella está dada por la pertenencia a un algo superior que la hace efectiva y reclama por su respeto. Las diferencias entre ambas visiones están relacionadas con las pretensiones intelectuales de cada pensador, y no tanto en las ideas y fundamentos generales de cada perspectiva. Mientras que Dostoievski plantea una especie de revalorización de la doctrina moral y religiosa del cristianismo, Durkheim, en cambio, propone la promoción de una moral moderna y secular. Sin embargo ambos se apoyan en planteos teóricos muy parecidos, es decir, tanto el sociólogo francés como el literato ruso parten de la idea de una explicación colectiva de los comportamientos y reglas morales.

Otro lugar de encuentro entre ambos pensadores es el que se refiere al carácter sagrado de toda norma moral. Sobre estos mandatos

sociales Durkheim dice:

Cualquiera sea la espontaneidad con que obedecemos a la voz que nos dicta esta abnegación, sentimos perfectamente que nos habla en un tono imperativo que no es el del instinto (...) nosotros la proyectamos hacia fuera, la referimos a un ser que concebimos como exterior y superior a nosotros puesto que nos manda y nos conformamos con sus ordenes».

Para el sociólogo francés,

...tal es el origen de todas esas ideas de trascendencia que están en la base de las religiones y de las morales, porque la obligación moral es inexplicable de otro modo (Durkheim, 2006: 455).

Las representaciones metafóricas bajo las cuales estos imperativos se expresan pueden no adecuarse correctamente a los hechos, pero no por eso el *processus* que simbolizan deja de ser real. Las diversas formas que las distintas sociedades pueden haberle otorgado a este sentimiento de supremacía de los mandatos morales no importan en tanto válidas o inválidas, sino en tanto que corroboran la validez de un proceso que existe independientemente de las características particulares que asuma. Para Durkheim, estos principios morales que tienden a disminuir en cantidad a medida que avanza la civilización, no pierden por este motivo ese carácter sagrado que la sociedad les asigna. En este sentido, y al igual que en el ideal kantiano del reino de los fines, el principio moral básico de la dignidad de la persona humana en sí misma se eleva por encima de todos los otros fines humanos particulares. Durkheim parece llegar a cierto enunciado con pretensiones universalistas cuando declara que «la exaltación de la persona humana es uno de

los fines que buscan y deben buscar las sociedades modernas» (Durkheim, 2006: 455).

El profundo fervor cristiano de Dostoievski es un elemento central en casi todas sus novelas, sobre todo en sus obras más tardías. La turbulenta vida del escritor marcó profundamente el contenido de sus escritos, los sucesos trágicos que lo acompañaron durante toda su vida fortalecieron y profundizaron constantemente su lectura de la *Biblia* y su fe en el cristianismo. Muchos autores remarcaron la intensidad del sentimiento religioso en el escritor ruso, incluso muchos de ellos les atribuyen un carácter casi mesiánico a sus textos. En la perspectiva dostoievskiana los rusos tienen una misión casi divina de reorientar a Europa hacia la senda del bien. Algunas frases emblemáticas del escritor —tales como «Si Dios está muerto todo está permitido», o «Si Dios no existe entonces habría que inventarlo»— muestran el convencimiento del escritor respecto al papel moralizador que la religión posee. Cuando Raskolnikov confiesa su crimen a Sonia, entiende finalmente la magnitud de su ofensa y la razón de sus tormentos. Sin embargo, entender no es lo mismo que creer, y es justamente este escepticismo el que le impide a nuestro joven redimirse por el agravio cometido. Antes de que el protagonista se dirija a la policía para entregarse, Sonia le obsequiará una cruz y le pedirá que bese la tierra y pida perdón ante la multitud.

Estos dos signos son elementos constantes en las novelas de Dostoievski: la cruz es el símbolo de nuestras ofensas y nuestros pecados y, al igual que Cristo, nosotros también

debemos soportar su peso en nuestros hombros. Besar la tierra es un signo de renovación una vuelta a lo elemental, a lo perdido. Luego de hacer lo que su joven amiga le había pedido, Raskolnikov se confiesa y es condenado a cumplir su condena en la fría y terrible cárcel de Siberia<sup>2</sup>. Sonia, tal como lo había prometido, acompañará al joven en todo momento, pero Raskolnikov se muestra frío y grosero delante de la muchacha, su pasado lo avergüenza, le avergüenza ser un preso más.

¡Si todavía el destino le hubiera proporcionado el arrepentimiento torturador que destroza el corazón, el arrepentimiento cuyos tormentos son de tal naturaleza que hacen que un hombre se ahorque o se arroje al agua para librarse de él! ¡Lo habría aceptado con alegría! Sufrir y llorar todavía es vivir. Pero él no se arrepentía de su crimen.

En Petersburgo, acosado por su angustia, Raskolnikov había tratado de suicidarse tirándose al río helado, pero «¿Por qué en vez de tirarse al agua prefirió entregarse a la policía? ¿Era acaso tan difícil vencer el sentimiento del amor a la vida?», se preguntaba nuestro joven héroe durante su presidio. El espectáculo de sus compañeros de cautiverio le llamaba la atención: «¡Cómo amaban la vida! (...) llegó a parecerle que aquel sentimiento era incluso más vivo en el preso que en el hombre libre». Ellos por su parte odiaban al joven y se burlaban de él: «Tú eres un señorcito —le decían— ¿Cómo es que asesinaste a hachazos? Esas no

---

<sup>2</sup> La prisión de Siberia era conocida también como «la cárcel sin rejas», era tan imposible escapar de ella, que los muros y los barrotes eran innecesarios. El frío permanente de aquella remota zona de la Rusia central imposibilitaba cualquier tipo de fuga a pie. Dostoievski conoció en carne propia las terribles condiciones de esta prisión, luego de ser condenado por actividades conspirativas clandestinas en contra del imperio autocrático de Nicolás I. Estas vivencias del escritor fueron relatadas en su celebrada novela *Memorias de la casa muerta*, posteriormente llevada a la ópera y al teatro.

son cosas de gente fina». Sus propios vecinos de encierro le decían: «¡Eres un ateo! ¡Tú no crees en Dios! Hay que matarte» (Dostoievski, 2004: 439). Incluso unos bárbaros y brutales asesinos como estos comprendían y creían en el valor de la vida y la libertad, estos miserables condenados creían en Dios más que cualquier otro.

Será el amor de Sonia el que redimirá finalmente a Raskolnikov, la entrega total de la joven y su infinita compasión resucitarán a nuestro escéptico joven. Raskolnikov se pregunta «¿No podría yo tener los mismos sentimientos y convicciones que ella?». Sonia nunca se avergonzó de su joven amigo, la muchacha respetaba incluso al más desgraciado de los seres humanos, incluso a los otros presos confinados junto a Raskolnikov. Ese amor tan inmenso por las personas es lo que logrará despertar finalmente a nuestro joven de su ceguera, y lo traerá a la posibilidad de una nueva vida.

Durkheim sostiene: «El culto del hombre es pues completamente distinto del individualismo egoísta (...) lejos de desligar a los individuos de la sociedad y de todo objetivo que les sobrepase, los une en un mismo pensamiento y los hace servidores de una misma obra». El despertar de Raskolnikov es el momento de la fe, el joven vuelve a Dios como una criatura suya, como parte de esa totalidad de la cual se había aislado. Finalmente, y en palabras de Durkheim «es necesario que el homicidio sea clasificado entre los actos inmorales, pues niega un principio esencial de esta religión de la humanidad» (Durkheim, 2006: 457).

## Conclusión

En *Crimen y castigo*, Dostoievski compara la experiencia de Raskolnikov con el episodio bíblico de la resurrección de Lázaro. Esta asociación es pertinente, ya que Lázaro, al igual que el joven Rodion Romanovich, son personas que han «resucitado» por la fe, por su fe en Dios. La visión tradicionalista y utópica de Dostoievski lo llevó a creer en la posibilidad de que un cristianismo vigorizado espiritual y socialmente conduciría a la sociedad rusa a mayores niveles de respeto y armonía. Esta postura tradicionalista y casi mesiánica del escritor ruso no se debe adjudicar solamente a sus fuertes convicciones religiosas. Como ya mencionamos antes, esta combinación de elementos modernos y tradicionales es la nota distintiva de la modernidad rusa<sup>3</sup>, y el pensamiento de Dostoievski está filtrado por estas particularidades que definían a la sociedad en que vivió y escribió.

Muy distinto es el proyecto científico y político de la sociología durkheimiana. Su propuesta de consolidar una nueva moral secular basada en los postulados de la ciencia social se encuentra en consonancia con las necesidades de la sociedad de la tercera república francesa. Sin embargo, un proyecto tan moderno y laico como el de Durkheim no puede, ni pretende, desentenderse de un sustrato religioso último, aunque utilizado en tanto elemento teórico científico y no teológico. Como hemos visto en este trabajo su sociología rescatará como un elemento muy importante la espiritualidad de todo sistema normativo, el carácter sagrado

---

<sup>3</sup> Es importante saber que Marshall Berman llama a la modernidad rusa, «la modernidad del subdesarrollo». Es decir, una modernidad incompleta, trunca, y muy aferrada a lo tradicional. Muy diferente, para este autor, es el resultado de la modernidad en Francia, donde pareciera ser que este fenómeno ha ocurrido en toda su potencialidad, y con resultados muy distintos a los del caso ruso, aunque no por esto libre de las contradicciones propias del modernismo.

de toda regla moral. En este aspecto las visiones de Dostoievski y de Durkheim se vuelven muy similares, y justamente en torno a estas similitudes hemos orientado nuestro trabajo, sobre todo en lo que concierne al fenómeno moral del homicidio, por el cual ambos autores se sentían profundamente conmovidos.

## Referencias bibliográficas

- Álvarez, F. y Varela, J. *Sociología, capitalismo y democracia*. Madrid: Morala, 2007.
- Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Ed. Madrid: Siglo XXI, 2006.
- Dostoievski, Fedor. *Crímen y castigo*. Buenos Aires: Gradifco, 2004.
- Dostoievski, Fedor. *Obras completas*. Madrid: Aguilar, 1982. Tomos II y III.
- Durkheim, Émile. *El suicidio. Estudio de sociología*. Buenos Aires: Miño y Dávila, 2006.
- Durkheim, Émile. *Lecciones de sociología. Física de las costumbres y del Derecho*. Buenos Aires: Miño y Dávila, 2003.
- Durkheim, Émile. *La división del trabajo social*. Madrid: Akal, 2001.
- Durkheim, Émile. *Las reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Prometeo, 2003.
- Durkheim, Émile. *Sociología y filosofía*. Madrid: Miño y Dávila, 2006.
- Durkheim, Émile. «El papel de los grandes hombres en la historia». Discurso pronunciado por Durkheim con motivo de la distribución de premios del Liceo de Sens. Publicado en francés en los *Cahiers Internationaux de sociologie* (1976), pág. 25-32. Traducción al español extraída de (2007) *Sociología y educación*. Textos e intervenciones de los sociólogos clásicos. Edición de Fernando Álvarez-Uría. Madrid: Morata, 1883.
- Kant, Immanuel. *Cimentación para la metafísica de las costumbres*. Buenos Aires: Aguilar, 1968.
- Lukacs, Georg. *Sociología de la literatura*. Madrid: Península, 1966.
- Nietzsche, Friedrich. *Así hablaba Zaratustra*. Barcelona: Fontana, 1997.
- Troyat, Henri. *Dostoievski*. Buenos Aires: Vergara, 2006.

Recibido: febrero de 2016  
Aceptado: setiembre de 2016